



La Página Semanal

Programa de Fortalecimiento de la Educación Cristiana

Domingo 22 de Febrero de 2004



La Lectura

Lucas 9:28-36 [37-43]

Hoy celebramos la Transfiguración de nuestro Señor Jesucristo. Con esta fiesta concluimos el tiempo de Epifanía que hemos estado viviendo desde el 6 de enero, día en que celebramos la visita de los sabios de oriente y la revelación de Jesús como Hijo de Dios a todos los seres humanos. Durante este tiempo, los textos del Evangelio nos fueron mostrando, desde diferentes aspectos, quién es Jesús, cuál es su misión y cuál debe ser nuestra relación con Él y su misión. A partir del próximo miércoles, cuando comienza el tiempo de Cuaresma (con el Miércoles de Ceniza, comenzaremos a caminar junto a Jesús hacia la Cruz. Pero hoy terminaremos de celebrar la Epifanía de una manera majestuosa: la revelación de la gloria de Jesús a sus discípulos.

San Lucas nos relata en este texto un episodio singular y tal vez algo misterioso. Jesús y tres de sus discípulos suben a la montaña; Jesús ora, su rostro cambia de aspecto y sus vestiduras se vuelven de un blanco resplandeciente. Aparecen dos personajes clave del AT: Moisés y Elías, y como si esto fuera poco, Dios Padre reconoce a Jesús como su Hijo y manda a los discípulos que escuchen lo que Él tiene para decirnos. Y ¿qué es eso que Jesús tiene para decirnos? Si miramos los versículos anteriores a este relato (vv.23-27), vemos que Jesús nos insta a renunciar a nosotros mismos, tomar nuestra propia cruz y seguirlo. El texto de hoy nos muestra que los discípulos no lo habían escuchado o no habían comprendido de qué se trataba seguir a Jesús y vivir como cristiano. Si miramos ahora al texto que sigue al de hoy (vv.43b-45), podemos comprender cuál era el anuncio que nos estaba haciendo Jesús: que Él es el Mesías, el Hijo Elegido de Dios; que debía sufrir, ser crucificado y resucitar para que todos los seres humanos podamos tener Vida y participar del Reino de Dios para siempre. Y lo que Jesús nos está diciendo es que quien quiera seguirlo y participar de su Resurrección y de la Vida que de ella emana, debe también, y primero, participar de su Cruz. Esto no significa que debemos llevar una vida sacrificada, buscar el sufrimiento, como en otras épocas la Iglesia interpretó (ser mártires). Ya Jesús se sacrificó a sí mismo por todos nosotros. No hace falta más sacrificio, basta el suyo, en el cual hemos sido incluidos por nuestro Bautismo. Pero por ese mismo Bautismo estamos incluidos también en la misión de hacer presente el Reino de Dios. Renunciar a nosotros mismos, significa poner nuestras vidas en manos de Dios y dedicar toda nuestra vida a los demás, en nombre de Jesús. Y esto sólo es posible creyendo realmente que Él es el *Hijo de Dios*. El hecho de que Jesús

sea revelado como Hijo de Dios nos da confianza y valor en todo momento de nuestras vidas, porque significa que Dios mismo estuvo “en persona” con nosotros, para enseñarnos a vivir en amor y en comunidad. Todos los cristianos y cristianas somos sacerdotes ungidos (en el bautismo) para comunicar en forma efectiva el amor de Dios. A través de la Iglesia Dios quiere *revelarse* a todas las naciones (Epifanía) y es nuestra tarea renunciar a nuestros propios intereses para que Dios pueda utilizarnos como sus instrumentos en el mundo. Es así como veremos el Reino de Dios antes de morir (v.9:27), es así, siendo las manos de Dios, como disfrutaremos desde ahora del Reino eterno que está viniendo hacia nosotros. No busquemos nuestro propio bien, sino el de los demás, como hizo Jesús, y al hacerlo generaremos un mundo mejor, permitiremos que otras personas conozcan a Dios y todos gozaremos desde ahora de la gloria y la presencia de Jesús. No pretendamos, como Pedro, gozar de la presencia de Jesús y quedarnos solos con Él, porque *él no sabía lo que decía* (v.33c). Bajemos de la montaña junto con Jesús (salgamos de nuestro círculo pequeño) y vayamos a transformar el mundo hasta que Cristo vuelva.

La Actividad

Nuestro Señor Jesucristo

Objetivo

Reconocer la divinidad de Jesús y qué significa eso para todos nosotros.

Materiales

Cartulina de color blanco, rojo, rosado y negro para hacer anillos de papel. El blanco representa a Dios, el rojo representa a Jesús, el rosado, al Espíritu Santo y uno negro para el ser humano (que debe ser más chico que los demás). Hojas blancas, lápices de colores y marcadores para los chicos.

Acción

Mostrar los anillos de papel, primero el blanco, el rojo y el rosado, unidos, el negro queda aparte. ¿Qué explicación le damos a esto? [= el blanco: Dios es eterno (el símbolo del anillo, sin principio ni fin), poderoso en relación al ser humano y santo (blanco). El rojo: Jesús es Dios y también está lleno de amor (rojo). El rosado: el Espíritu Santo]. Estos anillos están en armónica unión, y el ser humano queda a un lado, ya que por el pecado (negro) estamos lejos de Dios. ¿Cómo puede ser reconstituida nuestra relación con Dios? El Hijo unigénito de Dios se separa de su Padre (se rompe el anillo rojo), se hace ser humano y une, a través de su muerte en la cruz, al ser humano con Dios nuevamente (unir el anillo rojo con el negro y también con el blanco) Y el Espíritu Santo queda entre los hombres para acompañarnos (el anillo rosado se enrolla en el negro). Sólo por medio de nuestro Señor Jesucristo podemos llegar al Padre, no existe otra posibilidad, ¡sólo Cristo! Finalizando esta parte, se les pide a los chicos que nombren los “títulos” que tiene Jesús (por ej.: Jesús de Nazaret, Hombre de Dios, Profeta, el que hace milagros, Hijo de Dios, etc.) Además, pueden decir algunas características de Jesús. Todo esto lo pueden anotar en una hoja en blanco, y finalmente, se les pide que destaquen lo más importante (=Hijo de Dios).

Tenemos presente que...

La Misa: ¿qué significa todo eso que hacemos los domingos? [continuación]

En el número anterior comenzamos a ver la celebración de la Eucaristía. Luego del *Prefacio* del día, continuamos con el *Sanctus*.

Sanctus

Esta es una canción con dos partes: el *Sanctus* y el *Benedictus*. *Sanctus*, significa “santo” y “*benedictus*” significa “bendito”. Cada palabra comienza una parte de la canción. Como el “Gloria in excelsis Deo” (que viene antes de las lecturas de la Biblia), ésta es una alabanza antes de la Santa Cena.

Cuando nos unimos a cantar esta canción celestial, recordamos qué diferente es Dios de nosotros. El Señor es “santo”, es decir, totalmente separado de este mundo, perfecto, incomprensible, todopoderoso. Está distante, pero al mismo tiempo cerca. En la presencia de Dios, sentimos nuestra debilidad. Por Cristo, Dios ha venido a nosotros y nos lleva hacia Él, haciendo que lo honremos y alabemos más de lo que haríamos a cualquier humano. Estamos estupefactos por Dios. No conocemos mayor acción, ni mayor amor, ni mayor milagro. De allí que desplazamos nuestros pensamientos de nosotros mismos a Dios y lo que ha hecho. Con toda la corte celestial y los seres celestiales en Isaías 6.3, cantamos:

*Santo, santo, santo, santo es el Señor
Dios del universo, santo es el Señor. (bis)*

Benedictus

La segunda parte de la canción recuerda la entrada de Jesús como Mesías a Jerusalén el Domingo de Ramos. Ahora Dios viene a nosotros en esta comida sagrada. Como las multitudes que cantaban “Hosanna” cuando Jesús entró triunfante a Jerusalén, nuestras canciones reconocen su venida ahora en pan y vino:

*Hosanna en el cielo, hosanna en las alturas.
Bendito el que viene en nombre del Señor. (bis)*

La gran oración de acción de gracias

A veces olvidamos que Dios es el anfitrión en la Santa Cena y que nosotros somos los huéspedes. Simplemente ocurre que Él ofrece su banquete en nuestra casa, en lugar de la suya. A veces, olvidamos esto. Damos lo mejor de nosotros para asegurarnos que nuestra visita con Él sea el tiempo más grato, y Dios se complace cuando sus visitantes hacen esto. Pero se complace aún más cuando reconocemos que es Él quien nos invita, quien nos hospeda, es Él quien prepara y sirve la comida. Las próximas dos partes de la Misa, la oración de acción de gracias antes de la Comunión y el Padrenuestro, dirigen nuestra atención a este hecho.

La oración de acción de gracias o Plegaria eucarística

Nuestra oración de acción de gracias comenzó ya con el *Prefacio* y continúa con esta oración antes de la comida. Agradecemos a Dios, que rige todo el universo, por mandar a su Hijo para salvarnos, porque todos los que creen en Jesús son salvados. Además de darle gracias, también le pedimos a Dios que fortalezca y avive nuestra fe, de modo que recibamos el sacramento con genuina alegría.

Bendito eres Tú, Señor de cielo y tierra. Apiadándote de nuestro mundo caído diste a tu único Hijo para que todos los que creen en Él no perezcan, sino que tengan vida eterna.

Te damos gracias por la salvación que Tu nos has preparado por Jesucristo. Envía ahora tu Espíritu Santo a nuestros corazones, para que recibamos a nuestro Señor con fe viva ahora que viene a nosotros en su cuerpo y sangre.

A esto sólo podemos decir Amén (¡Sí!). Estamos sorprendidos y a la vez agradecidos de que Dios nos visite. En la fe, recibimos al que Él nos envía. En la cena, Jesús, nuestro Salvador, está acá. ¡Qué maravilloso es Dios! Reconocemos su grandeza. ¡Gracias por visitarnos, Señor!

Como Jesús mismo viene a nosotros en el Sacramento, nos paramos frente a Él con oraciones de acción de gracias. Lo hacemos ahora, antes de recibir su cuerpo y sangre, y también lo hacemos después. Cuando usamos la oración del Señor, el Padrenuestro, estamos confesando que venimos al banquete de Dios sólo por la gracia de Cristo. En todo lo que somos y hacemos somos dependientes de Él.

[Continuaremos con las demás partes de la Misa en los próximos números]

